

EL ARTE EN DON BENITO

Celestino Vega Mateos

Tengo el recuerdo de la lejana lectura de una novela de Balzac en la que la acción se desarrolla en un pueblo de la Champaña. Toda la producción de la tierra era allí recibida a través de los frutos de la viña y todos los habitantes acompasaban sus vidas al ritmo biológico de la vid. Cuando unos a otros se decían que hacía buen o mal tiempo, sin más indicaciones, ya sobreentendían que esto se refería a lo que conviniera a las parras; y hasta casi podría demostrarse que, a través de los siglos, los cuerpos de los indígenas, habían llegado a adquirir cierto mimetismo con aquella especie vegetal.

Nada se indica en la novela de que este ambiente se relacione e influencie con el arte; Balzac no se ocupaba de esto. Fue Hipólito Taine quien lo hizo largamente y todos quedamos en que había exagerado, tanto que su teoría era un completo error. El hombre siempre quiere ser superior, independiente y libre. Sin embargo, a mí me quedan mis dudas sobre la veracidad de aquellas teorías. Yo vivo en un medio ambiente parecido al de la novela de Balzac, aunque aquí varíen un poco en las especies vegetales y animales, corderos, tierras de labor y ahora la fiebre de los regadíos con "arroz y tabaco", casi como el título de la novela de Blasco Ibáñez. ¿Y de qué modo influye este medio ambiente en el arte? A mí no me ofrece duda dar una opinión terrible y categórica – "haciéndolo desaparecer totalmente".

*

Sencilla y breve es la historia del arte antiguo en Don Benito. Más sencilla, aún, después de haber pasado la guerra.

De escultura, no nos queda nada.

De pintura, no nos queda nada.

De arquitectura, solo queda la magnífica iglesia de Santiago; tan hermosa como desearíamos que fueran algunas catedrales. Es uno de aquellos templos que mandó construir a fines de 1500 el Obispo de Plasencia, don Gutiérrez de Carvajal, y que se ven hermanados en Guareña, Miajadas y Jaraicejo.

¿Es que no tenemos bellezas en el paisaje, en los tipos humanos, en las cosas...? ¿Es que no nacieron artistas que las vieran y las realizaran?

Ni lo uno ni lo otro. No solo la belleza del paisaje está en el verde perenne que admirarían las orugas. El derredor de Don Benito y en el rotar del año, cambian los paisajes y los colores e forma tan variada y magnífica que ya han de tener que dar trabajo a sus paletas los pintores que esperan para ser copiados.

Si miramos hacia el Norte, se extiende la llanura del Guadiana, con los extensos viñedos, que, según la estación, son grises, verdes o dorados y más allá, entre Rucas y Guadiana, cerca de mil hectáreas, con el verde-amarillo ternísimo de los arrozales; lejos al fondo la sierra de Montánchez y Santa Cruz, tan azules como las de los cuadros de Patinir, y campos de olivares grises y plata, y pomposas higueras de un verde bronce en el verano, que se quedan convertidas en el invierno en gigantescos candelabros de plata oxidada. Y aun las exentas tierras de labor, las tierras de Barros, tienen la gama que va, desde el siena tostado y los rojos sangrientos, hasta el carmín y el rosa pálido de un cuadro de Fra Angélico, cuando sembradas, el viento verde, corre sobre el trigo que

agacha sus espigas. Los ponientes son una estampa heráldica, destacando el castillo de Medellín sobre los gules de los ocasos.

El tipo humano local ofrece bellezas y carácter más que suficiente para ocupar a los artistas.

Y éstos, ¿por qué no surgieron? Si. Si han surgido; y si bien no hemos podido llegar más atrás del pasado siglo, ya en el tenemos noticias de dos pintores que sintieron el arte y a él consagraron su juventud.

Fueron don Narciso Ruiz y don Narciso Calderón de la Barca. Cursaron sus estudios en Madrid, aprendió alguno en el estudio de un Madrazo; anduvo otro por París... De ellos quedan bodegones, copias, apuntes ipoca cosa! Los dos, al mediar la vida, se sumieron en el ambiente cómodo de la ciudad; la hacienda, la caza, el casino y... nada.

A principio de siglo surge otro pintor en Don Benito con decidida vocación y magníficas facultades. Hace un provechoso y largo aprendizaje -ocho años- con el maestro don Cecilio Plá, al lado del famoso granadino Gabriel Morcillo. Los dos fueron los especiales discípulos de Plá.

Ernesto Quirós llega a poseer la técnica suficiente para ser un gran pintor, y los cuadros que hace: retrato de don Juan Torres, "Del Barrio de Maravillas", "Chulilla Madrileña", son bien logradas realidades. Cuando en 1916 el Ateneo de Badajoz realiza una Exposición provincial de artistas, Ernesto Quirós es considerado por la crítica como un valor, igual al de sus compañeros Covarsí, Hermoso, López Mezquita, Julio Moisés y Timoteo Pérez Rubio.

Hay un cuadro grande, inacabado, titulado "La Merienda", que representa uno de esos grupos que en las romerías pueblerinas -Virgen de La Antigua, en La Haba; de los Remedios, en Magacela, o de Las Cruces- se forman en los ejidos que rodean a los santuarios y que también describió Reyes Huertas en "La Sangre de la Raza". Y este cuadro inacabado, melancólico, es como el esquema de la vida del pintor.

¿Por qué no siguió?

Ahora está ocupado en poner regadío en "Palomarejo". Administra sus fincas de "El Berrocal" y "Pantoja" y va por su taller de mecánica.

Solo le ha quedado, como costumbre superviviente, muy 1908, la de ser un trasnochados irreductible. Recuerda otro que tan bien nos describió Azorín en "Los Pueblos". Cada noche, va, viene, enreda y cuando ya todos y todo reposa, emplea su tiempo... hasta leer minuciosamente el "Boletín Oficial". Pero él no se acuesta hasta haber visto desteñir el azul del cielo por la claridad de la madrugada.

Otro artista excelente nacido en Don Benito, pero casi siempre ausente -el escultor Torres Isunza- ha vuelto ahora con más frecuencia por aquí. Todos conocemos sus finas, bellas, delicadas esculturas femeninas. Hace algún tiempo que casi no produce nada; viene y va calzando botas camperas o se le ve hablar con labradores y medieros de "La Pizarra".

*

Nos queda un solo pintor sin haber renunciado a su oficio: Juan Aparicio Quintana. Este, si, continúa trabajando sin descanso. Pinta y pinta, cada vez mejor, sus bodegones, sus flores, los rostros arrugados de los viejos campesinos, pero tiene tan poco ánimo para exponer y salir, que muchos cuados tardamos mosca en conocerlos sus amigos. Cada vez más reconcentrado, como si buscara el olvido, pinta y pinta los mismos temas de una manera obsesiva. No quiere ver el paisaje; casi

siempre no quiere que le vean. Y terminamos, ya, esta relación acusando el comienzo de dos pintores más: Honorino Buendía, profesor de dibujo de la Escuela de Artes y Oficios, llega un poco arde al color, pero sus avances son tan rápidos, que pronto sabrá pintar tan bien como dibuja. El otro es Antonio Martín-Romo, de apenas veinte años. Lleva ya cinco años en Madrid, donde ha expuesto con éxito y hace unos días que se ha marchado a París. Tiene facultades magníficas y decidida vocación; ¿se malogrará?, ¿se hará pintor fuera de aquí sin ninguna relación con la tierra y el paisaje nuestro? ¿O vendrá y se nos contagiará de este "far niente" que aletarga? Si viene, temo por él.

Para dar fuerza a mi tesis termino relatando el último experimento. Hace menos de un año ha venido a vivir a Don Benito Enrique Alfonso, el guionista de "Los últimos de Filipinas". Venía de América, donde estuvo dos años; antes vivió en Marruecos y en París. Comenzó a trabajar intensamente; tiene ya una comedia terminada, una novela de toros a medio hacer: aquí tuvieron que llamarle este año, a que fuera a Madrid, a por el primer premio nacional de guiones que galardonaba su obra "...Y llegó la vida".

Nos ha unido gran amistad. Desde hace unos meses, los dos, cuando salimos de paseo y vemos rodar por el horizonte una noche de tormenta, nos miramos con gesto de temor, no por nosotros, sino porque los dos tememos que los granizos nos entrepeen el tabaco de nuestras huertas.

(Artículo publicado en Diario *HOY*, 7 de septiembre de 1952, página 8)